

Montserrat Herrero

«La sociedad no es tan distinta de los políticos»

¿Cuánto vale hoy la palabra? Desde el punto de vista evolutivo, mantener la palabra dada ha sido y es favorable para el ser humano, porque crea vínculos de cohesión y cooperación. Sin embargo, la promesa también atraviesa una época de crisis, tanto en la vida privada como en la política. Así lo afirma **Montserrat Herrero** [Fia 89 PhD 94], profesora de Filosofía Política e investigadora del Instituto Cultura y Sociedad. «Como dijo el poeta y premio Nobel **Vicente Aleixandre**: “Ser leal a sí mismo es el único modo de ser leal a los demás”».

TEXTO *Jon Fernández, periodista*

FOTOGRAFÍA *Manuel Castells [Com 87]*

¿Por qué tiene el ser humano la necesidad de prometer?

Somos temporales, nuestra existencia se mueve en las coordenadas de pasado, presente y futuro. Con nuestras acciones no solo vivimos en presente, sino que nos aseguramos un porvenir. Es decir, necesitamos adquirir cierta estabilidad, necesitamos comprometer nuestra voluntad a largo plazo. Y esto solo podemos hacerlo dando lo más íntimo que tenemos, que es nuestra palabra. Nuestra palabra somos nosotros mismos, y no algo exterior. Una persona que no tiene palabra carece de identidad. Pero además, en esa forma de asegurar el futuro, se entrevé un deseo de eternidad. Hay cosas que no quieres que se diluyan o desaparezcan, porque su modo de ser es el «para siempre». Por ejemplo, un amor verdadero, sea a una

persona, a la familia, a la patria o a Dios. De esas relaciones surgen siempre los compromisos más fuertes y las promesas más inviolables.

¿Comparte la idea de que la palabra dada ha sido la base de todas las sociedades?

Sí, claro. **Nietzsche** plantea en *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral* el caso extremo contrario: todos los hombres tienen una innata inclinación al engaño. Es una situación de gran desconfianza en la que se entabla una lucha a muerte. La única forma de salir de esa situación es generar artificialmente algo así como la verdad. De ahí que mediante un pacto, se lleguen a determinar significados unívocos para las palabras, y pueda haber acuerdos. Todos los hombres deben

tomar la determinación de respetar las significaciones válidas, si quieren vivir en paz. **Nietzsche** coloca la mentira en el origen de la veracidad, en su interés por subvertir los valores. Pero, en cualquier caso, necesita del respeto a la verdad y a la veracidad para construir la sociedad. Ninguna sociedad puede subsistir sobre la base de la mentira, es decir, sobre la devaluación de la palabra. Hasta **Nietzsche** lo reconoce.

Hace miles de años que se institucionalizó el funcionamiento de las promesas y los juramentos.

Las instituciones jurídicas no hacen más que secundar este fundamento antropológico-político: los juramentos y la fidelidad a estos están en la base de todo orden social. El politólogo italiano



Paolo Prodi repasa en uno de sus libros —*El sacramento del poder: El juramento político en la historia constitucional de Occidente*— las diferentes formas que ha ido adquiriendo con el paso del tiempo esta institución jurídica. Efectivamente, el juramento (*ius iurandum*) tuvo una importancia enorme en la Antigüedad y, por supuesto, entre los juristas romanos. El propio término *ius* parece guardar relación con el juramento y, probablemente, con *Iovis* (Júpiter), el dios invocado en el juramento para castigar el perjurio. A partir de esa realidad, la jurisprudencia elaboró el concepto de *fides* —o lealtad a la palabra dada— que ejerció un papel decisivo en la formación del Derecho romano y, en particular del Derecho de gentes, precedente del Derecho internacional y del nuevo Derecho global.

Hasta hace poco tiempo, «dar la palabra» era algo casi sagrado. ¿Padece-mos hoy de una crisis de la confianza? Era sagrado porque, como dice **John Locke**, se entendía que había un testigo sagrado que tenía poder sobre el orden del mundo y del lenguaje. No respetarlo implicaba autodestruirse. Muerto Dios, diría **Nietzsche**, para orientarnos solo nos queda el lenguaje. Pero el giro posmoderno en Filosofía, que ha tenido muy en cuenta el «giro lingüístico», ha acabado incluso con esa presunción. La palabra se puede violar sin ningún problema. Parece que no posee entidad alguna. Ni la realidad de las cosas puede ser un límite a mis enunciados, ni yo estoy sometido a mi propia palabra, dirá la nueva Filosofía en su alarde libertario. En el contexto posmoderno nos movemos en lo que a

partir de **Wittgenstein** entendemos como «juegos lingüísticos».

¿Hemos devaluado el valor de la palabra?

Según **Wittgenstein**, las palabras y proposiciones no están dotadas de algún significado independiente de nosotros. Si deseamos comprender su significado, hay que examinar la circunstancia que lo dotó. Es decir, hay que determinar cómo se usa esa palabra. Lo que ha de aceptarse son formas de vida plurales que generan significados no unificables. Por su parte, **Michel Foucault** rechaza la idea de que existe un sujeto fundador del discurso que lo trasciende, o la idea de que en la base de la experiencia existen significaciones preexistentes, que sí son neutrales o reales. Todo discurso es una violencia que aplicamos a las cosas.



—**Honradez.** «En política hacen falta personas en las que se pueda confiar».

¿Quiere decir que la realidad se crea en el lenguaje y no al revés?

Eso es. Mis palabras no han de adaptarse a nada. Son pura voluntad de poder. Este es el nuevo contexto. Si digo que no hay crisis, no hay crisis aquí y ahora... Al menos durante mi legislatura. ¿Era o no verdad? Da igual, si yo conseguí ganar las elecciones y estar otros cuantos años en el poder. Así funciona para muchos la actual estructura del lenguaje: como pura voluntad de poder. La teoría discursiva del filósofo **Ernesto Laclau** es un magnífico ejemplo de esta práctica.

¿Qué ocurre cuando no se cree en la palabra dada?

Pasa lo que vemos: corrupción, disolución, desconfianza, enemistad, lucha.

¿Cómo se puede recuperar el valor de la promesa?

En el ámbito personal, me parece que es sencillo: no mentir nunca. La veracidad me parece la virtud más importante. Todo lo simplifica y todo lo corrige. Ya estaba en las tablas de **Moisés**. Sin ella, es imposible seguir ninguno de los demás consejos de esas tablas. Uno miente por miedo o por perseguir alguna utilidad. Sin embargo, generalmente desconocemos la utilidad real de las acciones. Lo que vaya a ser en el futuro nos es desconocido, y en la mirada retrospectiva generalmente nos damos cuenta de que nos equivocábamos en nuestros cálculos. Lo más sencillo siempre es ser veraz. Por otra parte, hay que recordar el viejo refrán: «Antes se coge a un mentiroso que a un cojo».

¿Y a nivel institucional?

A nivel institucional está claro que la falta de veracidad es un delito y ha de ser castigado. No solo en la política, sino en la práctica de los medios de comunicación: la difamación está a la orden del día. Es preciso atenerse a la verdad de las cosas, pero no a la de esas cosas sobre las que nadie puede saber la verdad en su profundidad, porque es un misterio: el sentido del hombre y del mundo, la felicidad y cosas de altos vuelos reflexivos donde, generalmente, cabe interpretar y tener muchas versiones. Hay que ser veraz ante verdades elementales.

Poncio Pilato sabía que **Cristo** no era

un delincuente, pero se entretuvo en reflexiones sobre la dificultad de hallar la esencia de la verdad. Le hubiera bastado con pensar en lo primero, y eso lo sabía.

¿Podría servir en la política actual la famosa fórmula de «Puedo prometer y prometo» de Adolfo Suárez? ¿Sería creíble hoy?

Una cosa es la veracidad y otra cosa las promesas. Desde mi punto de vista, lo que es delito es la mentira. Cualquiera puede decir «Mañana te entrego este trabajo», y después coge una gripe y no llega. Eso no puede ser delito. Hizo mal Suárez en introducir el discurso de las promesas en política. La acción humana siempre tiene que decidir en presente y solo puede prometer aquello que compromete a su propia voluntad. Pero un político, en general, debe ser prudente, es decir, debe atender a las circunstancias de su decisión; y, además, en democracia depende no solo de su voluntad sino del estado de opinión, del estado de las cuestiones en un momento determinado, del coste de oportunidad... No puede llevar al colapso un país solo por cumplir una promesa. Además uno puede rectificar, que es de sabios.

Las promesas en política no gozan, precisamente, de gran credibilidad.

No digo que los políticos no deban cumplir las promesas, sino que no deben hacerlas. Los discursos políticos contemporáneos están sometidos al régimen lingüístico posmoderno. Pretenden crear una realidad nueva a través del discurso y hacer creer a la gente que esa realidad llegará junto con su ascenso al poder. Pero después se encuentran con la dureza de la realidad de las cosas en un determinado momento, y no pueden forzarlas. Toda la política de Podemos, por ejemplo, no es otra cosa que una promesa. No tiene detrás ningún fracaso, tampoco nada en su haber, y puede hacer un discurso y un *marketing* político puro. El paraíso que promete ya fue ensayado en la Unión Soviética. Demasiado viejas las promesas y demasiada experiencia en cabeza ajena. Además, ni siquiera han llegado a dirigir este país y ya van reculando en sus promesas. Están sufriendo

SOMOS PALABRA

«Una persona que no tiene palabra carece de identidad. La veracidad me parece la virtud más importante»

LA VERDAD CONSTRUYE

«Ninguna sociedad puede subsistir sobre la base de la mentira, es decir, sobre la devaluación de la palabra»

REALIDAD IRREAL

«Algunos políticos pretenden crear una realidad nueva a través de sus discursos y hacer creer a la gente que esa realidad llegará con su victoria. Sus palabras son pura voluntad de poder»

un enorme desgaste de su propia palabra. Y lo peor que te puede pasar es que se desgaste tu palabra.

¿Por qué no deben prometer los políticos?

En la vida sí que hay que hacer promesas. La cuestión es que no hay que hacerlas en política. Para que la promesa tenga valor, solo puedes prometer algo que vas a poder cumplir. Y eso es muy complicado en política, porque pueden cambiar las circunstancias. La prudencia es fundamental. Sí que puedes tener una línea de acción, puedes decirle al pueblo «Me comprometo a preocuparme por la cuestión social». Vayamos al caso del PP. «Me comprometo a derogar la ley del aborto», dijo Ana Pastor en 2011. Volvió sobre la promesa en 2015. Pero siempre se podría justificar el no hacerlo aduciendo que en las encuestas el pueblo no quiere esa revocación. Si además las estadísticas muestran que ni siquiera sus votantes están de acuerdo, entonces el PP podría afirmar: «Yo me había comprometido con esto, pero veo que el pueblo...». La política que se está haciendo es bastante de situación,

precisamente porque estamos en una democracia».

¿Es mejor no prometer por miedo a no cumplir o hay que arriesgarse a hacerlo?

Es mejor no prometer cuando no sabes si vas a poder cumplir, y muchas veces no se sabe. Es muy importante ser veraz, decir que mi línea de acción va a ser esta y que realmente lo sea. Otra cosa es que no puedas conseguir un determinado logro. Se pueden prometer cosas generales, pero es muy difícil prometer la revocación de una ley o un determinado número de puestos de trabajo. Prometer lo concreto es muy complicado. Lo que estamos viendo, además, es que no cumplir lo prometido desgasta mucho.

¿En época electoral se revalorizan las promesas o se banalizan?

En los mítines de los políticos las promesas son inmensas, y ellos mismos se las acaban creyendo. Sin embargo, no se dan cuenta de hasta qué punto les puede dañar después. Es muy curioso, pero parece que en el fraude experimentado por los votantes influye más el sentirse engañados que la propia corrupción.

¿Qué consecuencias puede traer la sensación de engaño con respecto a los políticos?

Puede tener consecuencias terribles. El votante se siente desesperanzado. Puede provocar caos, y el caos es muy malo en política. Muchos de los regímenes dictatoriales, por ejemplo en los países de Latinoamérica, vienen después de gobiernos que no duraban prácticamente nada. Eso puede pasar, porque el ciudadano no sabe a quién votar, se disgrega el voto y acaba fragmentándose la política, y así tampoco se consigue ningún bien. No importa que haya un pluralismo de partidos en lugar de un bipartidismo, pero es muy difícil definir un espectro político amplio sin ser oportunista porque tu discurso se tiene que poder diferenciar claramente.

¿Cómo puede la sociedad recuperar la confianza en la política?

Desde mi punto de vista, la política debería apostar más por la honradez y la inte-



—**Cuando mentir es delito.** Para que las promesas recuperen su valor, la falta de veracidad institucional se debe castigar.

gridad del político que genera confianza, y no tanto por asegurar las promesas de los discursos. Promesas, en la vida, pocas y firmes. Mucha veracidad, sin embargo.

¿Se puede volver a creer en la palabra de los políticos?

Hacen falta personas honradas, con integridad personal, que se dediquen a la política. Gente en quien se pueda confiar. Pero mientras sigamos culturalmente persiguiendo una moral utilitarista, es difícil que triunfen esas personas. No nos engañemos: la sociedad no es tan distinta de los políticos. Las universidades también son jaulas de grillos, los colegas en el trabajo suelen mirar por su interés, por ejemplo, en las guardias de los hospitales. ¡Ahí hay peleas a muerte! Por supuesto, hay honradas excepciones a esto. Yo estoy rodeada de gente estupenda, desde luego. En fin, que regenerar éticamente la sociedad es necesario para tener buenos políticos, pero no según una ética del placer y la utilidad, sino según la vieja ética socrática que el sabio griego exhibe en el *Gorgias*: «Es mejor sufrir la injusticia que cometerla». Sí, porque el que la comete se hace malo, es decir, se pierde a sí mismo, y eso es lo peor. Hasta que cada uno no esté convencido de esto, no esperemos tener buenos políticos. ¿De dónde saldrían?

La gente se siente desamparada y perdida. El filósofo Zygmunt Bauman habla de «sociedad líquida». ¿Cómo se puede uno comprometer en una forma de vida basada en la incertidumbre?

Es difícil. La confianza se ha hecho muy difícil. Para dar la palabra hace falta una específica fortaleza de la propia voluntad que se fija en una cuestión y mantiene su palabra, independientemente de lo que pase alrededor. Para eso hay que ser muy fuerte, porque hay que hacerse vulnerable al engaño del otro, lo cual supone la mayor fortaleza que existe. Hay que decir, creer y actuar bajo la siguiente premisa: «Yo no te voy a fallar hasta que tú te retires». Puede ser arriesgado, pero desde el punto de vista personal, solo merece la pena vivir de esa manera. Nuestra sociedad es líquida porque, en parte, ha perdido este punto de vista. ¿Cómo es posible vivir en ese laberinto? Pues, al

menos, teniendo claro lo que uno quiere hacer. Aunque le puedan engañar, uno no se pierde a sí mismo. El problema es perderse a sí mismo. Pero estamos muy desasistidos, eso es cierto.

Josep Vilajoana, decano del Colegio Oficial de Psicólogos de Cataluña, asegura que los jóvenes empiezan a adaptarse al medio, que cada vez prometen a más corto plazo. ¿La inmediatez es el futuro de la palabra?

Yo tiendo a pensar que no, que el ser humano vive mal en el corto plazo. En ocasiones, por ejemplo, una persona que está inmersa en una serie de relaciones y en una estructura profesional y económica... quiere huir. Se puede huir solo para un tiempo muy corto, porque en cuanto paras vuelves a tener relaciones, vuelves a tener otra jaula. Es posible ir de jaula en jaula, si es que tener unas relaciones establecidas y comprometerse se puede denominar una jaula. Pero, definitivamente, no te puedes liberar de comprometer tu voluntad. Incluso la soledad puede ser una especie de jaula: al fin y al cabo te encierra en ti mismo. Vamos a ver cómo evoluciona esta sociedad, pero estoy convencida de que tenderemos a buscar relaciones de otro tipo, nosotros mismos tendremos que poner freno a esta inmediatez.

PROMETER Y CUMPLIR

«Promesas, en la vida, pocas y firmes; en política no deberían hacerse. No cumplir lo prometido desgasta mucho»

VOTAR LA HONRADEZ

«Para tener buenos políticos es necesario regenerar éticamente la sociedad»

CLASES DE CONFIANZA

«La mejor forma de enseñar la confianza es responsabilizar a las personas en su vida»

EL PESO DEL ENGAÑO

«En el fraude experimentado por los votantes influye más el sentirse engañados que la corrupción»

¿Es necesario enseñar en las escuelas conceptos como confianza o lealtad?

Sí, hace falta. La mejor forma de enseñar la confianza es responsabilizar a las personas en su vida. Tú das confianza cuando das una responsabilidad a alguien y esa persona ve que confías en ella. Es muy importante educar en la confianza en la familia, y también en la escuela. Pero una cultura de la evaluación como la nuestra no da opción a la confianza. Cada vez más, hay seguros y reaseguros. Antes en las gasolineras podías repostar la gasolina y pagar después. Ahora se paga antes, para asegurar. Es una desconfianza cultural.

La desconfianza, normalmente, es consecuencia de la falta de conocimiento...

Tuve la suerte de conocer a **Etsuro Sotoo**, escultor de la Sagrada Familia de Barcelona. Le dije: «El mundo oriental me inquieta, porque no conozco nada de esa cultura». Hay un mundo que me es ajeno, y eso me desasosiega. Cuando ves una cosa absolutamente ajena, la ves como una amenaza. En el fondo es un déficit de conocimiento. **Sotoo** me respondió que él, siendo oriental, vive feliz en Barcelona, y que no me preocupara, que si fuera a Oriente tendría capacidad de entenderlo enseguida. El conocimiento quita el miedo, y ayuda a la confianza. **St**

PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

Religión y sociedad civil

Montserrat Herrero

[Fia 89 PhD 94] ejerce la docencia y la investigación en el campus de Pamplona como profesora titular de Filosofía Moral y Política. Asimismo, dirige la revista cuatrimestral *Anuario Filosófico*, que se publica ininterrumpidamente desde 1968.

Compagina su actividad docente en la Facultad de Filosofía y Letras con su

labor como investigadora principal en el proyecto «Religión y sociedad civil» del Instituto Cultura y Sociedad (ICS), el centro de investigación en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de Navarra.

Este proyecto profundiza en las razones por las cuales la religión como elemento fundamental en la constitución de

toda sociedad —familia, instituciones de la sociedad civil y comunidad política— desde diferentes perspectivas: teológica, filosófica, histórica, jurídica, social o comunicativa.

Cada año, el grupo de investigación al que pertenece organiza un congreso internacional, al que asisten destacados especialistas de todo el

mundo. Este curso, se celebrará el 10 y 11 de marzo de 2016 y tendrá como objetivo lograr una mayor comprensión entre las tradiciones religiosas abrahámicas: Cristianismo, Islam y Judaísmo. Los participantes mostrarán en qué medida su investigación puede favorecer los esfuerzos en favor de la paz y el entendimiento en el mundo actual.